



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MOHAMED BOUISSEF REKAB

Salvemos la cabeza de Alí Pachá...

Edición impresa

Mohamed Bouissef Rekab, *Salvemos la cabeza de Ali Pachá...* (2009)

En

Tres Orillas. Revista intercultural. Algeciras: Asociación de Mujeres Progresistas Victoria Kent, Diciembre de 2009, nº 13-14 (pp. 43-45)

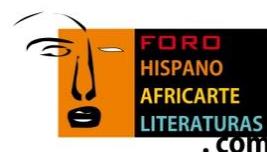
Edición digital

Mohamed Bouissef Rekab, *Salvemos la cabeza de Ali Pachá...* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Diciembre de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Salvemos la cabeza de Alí Pachá...

Mohamed Bouissef Rekab

Intuyen que por ese ancho y nunca visto tubo encontrarían algo de comer y que los miles de trozos de hierro, plásticos llenos de basura y botellas que se encuentran en su camino, depositados en el fondo o balanceándose en el agua, quedarían olvidados por un momento.

Ambos nadan con ligereza para evitar que otros hermanitos se introduzcan en el recién descubierto canalillo y devoren el alimento que ya consideran que está ahí; así lo disciernen y de esta manera lo defienden. El conducto, que al principio se les antoja de fácil recorrido, resulta ser un estrecho pasillo de una de las galeras más famosas de la historia de Venecia. Es la que se codeaba con La Marquesa en el Golfo de Lepanto y la que vio caer al mar, la cabeza decapitada de Alí Pachá y una mano ensangrentada de Miguel de Cervantes.

Ambos pececillos oyen contar a su madre que en ese lugar había habido una dura batalla, hacía mucho tiempo, según palabras de los peces más ancianos de esa comarca, y que iban transmitiendo de padres a hijos para que nadie se confiara; fue una enérgica hostilidad entre los titanes del mundo, a causa de la cual muchos de ellos cayeron al fondo del mar y sus ánimas seguían deambulando por los contornos. Que había que tener mucho cuidado que no les cogieran desprevenidos y se los tragaran. Cuentan también los viejos peces que esos fueron tiempos —los de sus antepasados que presenciaron esas luchas titánicas— de bonanza porque los colosos terráqueos no se pasaban el día tirando basura al agua que les sirve a ellos para vivir... Los pequeños se encuentran con muchísimos esqueletos de titanes, cuyos cuerpos se habían descompuesto con el paso del tiempo; algunos, seguramente, habían sido devorados por las estirpes de antiguos peces...

Los pizcos, entretenidos en hallar su ansiada comida y sorteando toda clase de objetos inservibles para sus estómagos, olvidan los sabios consejos de la madre y se aventuran en varios camarotes hasta que, encima de una desvencijada y rota silla, ven la cabeza con turbante de un individuo que antaño fuera gigante... La alegría que les llena es indescriptible...

—Es carne. Podríamos empezar por los ojos y...

—Estupendo. Yo empezaré picoteando el izquierdo y tú el otro. Démonos prisa porque nuestros hermanos pueden darse cuenta de nuestro hallazgo y dejarnos sin nada.

Antes de que ninguno de ellos comenzara a roer los ojos de la cabeza descubierta; la boca de la testa con turbante habla.

—No me hagáis daño... y os recompensaré. Soy un hombre ilustre que fue decapitado, para mi desgracia, por un simple galeote; un esclavo que trabajaba para mí... ¡Oh, grave infortunio! Si me lleváis a la superficie y me acercáis a la orilla del mar, prometo que tendréis comida para el resto de vuestra vida. La Sublime Puerta fue grande gracias a mí y mi palabra vale su peso en oro...

Los pequeños peces se llevan un susto de muerte, porque no piensan en ningún momento que esa «comida» tan apetitosa pudiera dirigirse a ellos y les pidiera ese favor. ¿Qué hacer? ¿Comer e hincharse y salir pitando, o hacerle el favor a la cabeza hablante y tener, posiblemente, comida para el resto de sus vidas? Sus cortos conocimientos no alcanzan a descifrar todo lo que esa boca les está pidiendo...

Las criaturas marinas no saben qué hacer.

—Tened confianza en mí y veréis que no os miento. Soy un hombre poderoso que para recuperar su poderío, debería alcanzar la orilla del Mediterráneo y sentir el calor del sol... Mi cuerpo me sería restituido y mi autoridad restablecida.

Los pequeños se miran bastante preocupados, porque es que no hallan una salida a su problema. En ese preciso momento un ruido ensordecedor les hace levantar la cabeza y ver que pasaba un enorme paquebote que iba dejando tras sí una estela de líquido aceitoso... Se retiran un poco de la cabeza hablante y comienzan a platicar y a intercambiar opiniones.

—¿Crees que cumplirá con su promesa?

—No sé... creo que deberíamos devorarla y no caer en la tentación de tenerlo todo. ¡Esos ojos están tan buenos para una buena comilona!

—¿Y si lo hablamos con nuestra madre y sea ella la que decida?

—Como quieras. Veo que no voy a convencerte para hincharnos de ojos tiernecitos...

La cabeza está esperando la respuesta. Y habla, esta vez en voz alta.

—La Sublime Puerta nunca podrá ser derrotada. Si en esa cobarde batalla los cruzados me mataron y vencieron a mis hombres, el tiempo me volverá a ofrecer la oportunidad de destrozarlos... Vosotros que me habéis descubierto, llevadme a la orilla del Mediterráneo... ¡Veréis lo que soy capaz de hacer! Cuando yo mandaba, nadie podía lanzar al mar nada que ensuciara su belleza... ahora ya veis.

Antes de que los pequeñines hallen una respuesta, otro ruido infernal les avisa de que los titanes acaban de mandar al mar sus inmundicias. Una nube de cartones, botellas, bolsas de plástico y demás mugres, se mezclan con el aceite que sale del enorme navío para formar una capa opaca... repugnante e inmundicia...

—¿Y si nuestros hermanos descubren este manjar y lo devoran antes de que nuestra madre tome una decisión?

—Tenemos que correr ese riesgo. Ella es la que nos puede explicar lo que hay que hacer en estos casos.

La cabeza hablante, preocupada por la larga conferencia de esos posibles glotones, vuelve a tomar la palabra, intentando convencer a sus descubridores para que la sacaran del agua...

—Haré para que los que lanzan sus porquerías al mar dejen de hacerlo... y podáis vivir alegres y sanos. Empezaré una «cruzada» contra todos los que están arrojando su veneno a vuestro mundo... ¿No veis la cantidad de ponzoña que os envían a cada momento? Aquí, donde me veis, he

recibido sobre mi cabeza miles de palos, maderos, trozos de hierro y demás pringues de esos desaprensivos... Yo que llevo tanto tiempo aquí, puedo dar fe de que los seres de ahí afuera no piensan ni un momento en el bienestar de los que están aquí. En el agua del Mediterráneo han decidido solucionar sus preocupaciones de los desperdicios. Los arrojan, envenenan este entorno y se olvidan... ¡Esto va a cambiar con mi llegada al mundo!

Los pequeños, que ya han decidido ir a hablar con su madre del descubrimiento que han hecho, le anuncian a la cabeza hablante que posiblemente salvara la vida y la sacaran del agua...

—Porque nuestra madre es la que sabe lo que debemos hacer...

—Y porque queremos tener comida toda la vida y no tener que buscar todos los días algo para ir tirando...

—Decidle a vuestra madre que soy el único que puede impedir que siga produciéndose la intoxicación de vuestra naturaleza. Que conseguiré que las algas vuelvan a crecer y que de vuestras casas desaparezcan estos desagradables aceites de barcos... y que si me sacáis del agua, los alimentos volverán a ser de fácil consecución, porque los venenos no seguirán matando esta parte del universo...

Los pequeños, sin entender casi nada de las palabras de la cabeza hablante, salen de la galera y se dirigen a la casa familiar. Su madre está luchando por limpiar unos sargazos de las suciedades que los manchan para darle de comer a uno de sus bebés... Es uno de los trajines maternos diarios más comunes y naturales.

Los pequeños aventureros le cuentan con todo detalle a su mamá lo que acaban de vivir; aseguran que la cabeza hablante parecía muy convincente y que si la trasladan fuera del agua, conseguirían comida para siempre...

La mamá les pide que la guíen hasta esa cabeza titánica que prometía tanto... Deja al bebé en su cuna y sale con sus hijitos. La promesa que le traen sus retoños, bien vale la pena asegurarse. Si esa cabeza era capaz de frenar los miles de vertidos de venenos al mar que los titanes lanzan a cada minuto, valdría la pena cargar con ella hasta la playa más cercana...

Los pequeños quieren hallar el conducto por el que se habían introducido para descubrir la cabeza del titán pero después de numerosísimos intentos, y de no encontrarla por ninguna parte, le anuncian a su madre que al día siguiente, de manera más reposada, la buscarían... En los días siguientes, prueban hallar el barco decenas de veces y no dan con él...

Cansados y solos, uno de ellos piensa en voz alta.

—Esa cabeza existe. Debemos hallarla para que nos libre del crimen de los titanes.

Su hermanito, que también está muy enojado por la mala suerte de no haber hallado el camino hacia la cabeza hablante, le responde.

—¿Habrá sido un sueño y esa cabeza sólo está en nuestros deseos de mejorar nuestra existencia y de ver nuestras aguas limpias?